

NOCHE DE SABADO EN EL RASTRO

(Sainetillo)

ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Primeras horas de la noche de un sábado otoñal y plácido. Ya se han cerrado los comercios de la Ribera de Curtidores. Ya reposan las «cosas» del Rastro en el revoltillo de sus almacenes. Por la calle de Rodas desembocan en la Ribera el señor Cosme y el señor Eusebio. El primero, dueño de una tahona; el segundo, de una carbonería. Y pregunta el señor Cosme:

—¿Pa dónde tiramos?

—Yo me creo que debemos de saludar a Cascorro, y de paso tomarnos unas limpias en la calle la Ruda.

—¡Hombre, me ha «gustao» eso de las limpias! Es palabra que ya no se usa.

—Naturalmente, como que Ma-

con la costilla a cuestras? ¡Ni por soñación! La noche del sábado era sagrada para el hombre, que si le cumplía se emborrachaba por su cuenta o se jugaba su partida de mus o de subastao o se iba al «Chantecler» a tomar apuntes de La Chelito, y la mujer se acostaba y se dormía como una bendita. Acuédate.

—No; de eso no me acuerdo, porque la mía me esperaba con las del veri.

—Bueno, ¿y qué? Llegabas, ¿y qué? Unas palabras gruesas y al otro sábado la del humo. ¿Y qué pasa? Pues que somos unos doctrinos que nos sacan de la mano a pasear las vísperas de fiesta porque hemos sido buenos durante la semana, y que nos llevan a

medor finolis! ¿Por qué no hacemos esta noche una que sea soná? ¿Por qué no nos vamos tú y yo a comernos mano a mano unos caracoles y unos callos, que es lo nuestro, y dejamos a las respectivas con un palmo de narices, compuestas y sin marido?

—¡Tú estás trascordao! La mía ha ido esta tarde a la peluquería...

—¿A que le afeiten el bigote?

—No seas muerdaz. A que le den el tinte de toos los meses.

—¡Esa es otra! Con sesenta y cuatro abriles y más rubia que las candelas.

—Y da gracias que no te tiñan a ti también, que ahí tienes al Apolinar, el casquero de la calle del Tribulete, que pa que no desentone a su lao su parienta le ha obligao a teñirse de negro azabache los cuatro pelos que le quedan.

—¿A quién? ¿A mí? ¿Yo teñido? Ahí tienes a Cascorro. ¿Se hubiera teñido el pelo Cascorro?

—¿Y qué tiene que ver Cascorro con lo que estamos hablando? Cascorro, es decir, Eloy Gonzalo, que así se llamaba, pa que te enteres; ese héroe fue eso, un héroe.

—Pues a eso voy. Yo soy otro. Yo esta noche me emancipo, me las guillo, solo o contigo, y le pego un plantón a la Benita y me paso la noche donde me da la real gana.

—Pero, bueno; pero, ¿qué te ha dao, así, de pronto? Hemos salido a hacer tiempo hasta la hora de cenar. Hemos quedao como todos los sábados, citaos con la Benita y la Heliodora, en Mesón de Paredes, en casa de Antonio Sánchez, y sin motivo ni razón pretendes armar la marimorena.

—Con motivo y con razón. Porque somos unos bragazas. ¿Qué nos ha ocurrido? Que tanto a ti como a mí nos ha rodado bien la pelota del negocio estos años últimos; que hemos juntao algún dinero y que este dinero se les ha subido a la cabezota teñida de rubio tanto a tu señora como a la mía, y se han creído que de verdad son unas señoronas, y se han puesto a imitarlas, y nos han arrastrao a nosotros, y hasta aquí llegaron las aguas. De hoy no pasa. Yo a lo mío, a mi taberna, a mis callos, a mis caracoles, a mi frasca de tinto, a mi partida de mus, a mi vida. ¡A nuestra vida, señor! ¿Me quieres decir lo que pintamos los cuatro como cuatro pasmarotes en un restaurante de esos adonde nos llevan y en donde estamos como gallinas en corral ajeno...? Mira, ahí va el Eulogio... ¡Eulogio, ven p'acá!

PECILENE-G

Penicilina G
sódica



INSTITUTO FARMACOLÓGICO LATINO, S. A. — MADRID

drid ya no es Madrid; es una cursal de perra gorda de Nueva York. ¡Pensar que nuestros nietos no van a conocer una sola taberna! ¡Qué desgracias! Y ya sabes tú que a mí nunca me ha privao el morapio. Me he tomao y me tomo las copas que pide el cuerpo; por ejemplo, ahora. Ya has liquidao el día. Es sábado, vamos a ir a cenar con las parientas fuera de casa...

—Lo cual que es una cosa modernísima que maldita la gracia que me hace. ¿De cuándo acá un hombre—y máxime más si era madrileño—iba a cualquier lao

cenar a un restaurante. ¡Mira tú que a un restaurante!

—No te aglomeres. ¿Donde nos iban a llevar, a un pesebre?

—A ninguna parte. Ellas en su casa y nosotros por ahí como antes.

—Los tiempos cambian, que dijo el otro. Hoy todo el mundo quiere rozarse con el señorío.

—Has dao en el clavo. Hoy todo quisque quiere salirse del tueste; aparentar lo que no es; gastarse lo que no tiene. ¡Un tahonero y un carbonero, con sus respectivas cónyuges, comiendo pollo con tenedor y cuchillo en un co-

independizar más rigurosamente los valores plásticos, liberando tanto al color como al arabesco —inolvidable lección de su admirado Van Gogh, de Gauguin, de Matisse— de toda imposición rigidamente representativa. Estas reglas técnico-problemáticas, al convertirse en oficio en su quehacer personal, se tiñen de suprema arbitrariedad, de incontenible energía, de desbordante inquietud e intransferible ansiedad. La re-

sultante de todo ello es un característico estilo, un estilo inconfundible, lleno de fuego y color, lleno de impulso, distorsión y delirio, un estilo que Vlamínck buscó apasionadamente y convirtió en suprema finalidad de su vida, aunque creyese no haber pretendido jamás hallarlo. Iluminadora lección ésta de Vlamínck, que nos prueba que todo auténtico artista objetiva estilísticamente en todo instante su propio mundo.